

Con Dios y sin Dios (1)

Las razones del creyente y del agnóstico están muy próximas



TONI COMÍN

Hace aproximadamente un año tuve la suerte de participar en la presentación de un libro muy valioso para la época en que vivimos: *¿Con Dios o sin Dios? Razones del agnóstico y del creyente*. Dos intelectuales españoles de prestigio y buenos amigos entre sí, el teólogo católico José Ignacio González Faus y el sociólogo agnóstico Ignacio Sotelo, recibieron la propuesta de escribir un ensayo sobre su fe y su agnosticismo en forma de cartas cruzadas. Aceptaron el envite y el resultado fue un diálogo sincero que tiene tanto de confesión personal como de reflexión objetiva.

Vuelvo al cabo de tanto tiempo sobre el tema porque en los últimos meses, al hilo de varias conversaciones con amigos agnósticos, se me ha confirmado la principal de las conclusiones que, en su día, saqué de la lectura de aquel epistolario compartido: el creyente y el agnóstico están muy, muy cerca. Hablan casi de la misma experiencia. Y sin embargo, casi siempre el creyente es más consciente de esta cercanía que el agnóstico. ¿Por qué? Quizás porque la breve distancia que los separa puede ser, en realidad, un salto suficiente como para vivir esta experiencia común de manera muy distinta.

¿Cuál es esta experiencia de la que todos partimos? La experiencia de “no saber”: ignoramos si Dios existe o no. Dios trasciende el espacio y el tiempo, trasciende nuestros sentidos, nuestra razón, nuestra intuición. El creyente no puede afirmar la existencia de Dios como si hablara de una certeza científica. Hacerlo no sería fe: sería idolatría. Precisamente, es preciso “creer” en aquello sobre lo cual no disponemos de garantías racionales. Si “supiéramos”, no haría falta “creer”. Pero, al mismo tiempo, tampoco el agnóstico puede afirmar, como si de una verdad científica se tratara, que “Dios no existe”. Simplemente, no lo sabemos ni podemos saberlo. En este sentido, tanto el ateísmo cerrado como la “fe dogmática” son contrarias a la racionalidad más elemental.

Sin embargo, ante el no saber, parece que lo más razonable es, justamente, la postura del agnóstico, que se detiene ahí: dado que no sabe si Dios existe, opta por mantenerse en la duda. El otro, en cambio, da un salto que le permite, al parecer, pasar

de la duda a la esperanza. ¿No es esta decisión un abuso, una actitud que va mucho más allá de aquello que la razón indica? Seguramente, el creyente parte de una constatación antropológica un tanto sutil: que no es posible mantenerse en estado de duda indefinidamente o que, dicho de otro modo, la duda, cuando afecta al sentido último de nuestra existencia, se tiñe inevitablemente o de confianza o de desconfianza. Así, el creyente quizá no sería mucho más que aquél que duda confiadamente y el agnóstico aquél que duda igualmente, pero desde la desconfianza. Por esto decíamos al inicio que están cerca y a la vez muy lejos.

Hay una reflexión en *Con Dios o sin Dios* que expresa de manera simple pero luminosa este punto casi de encuentro entre ambos. El creyente pregunta al agnóstico: ¿preferirías que Dios (un Dios bueno, que ama a sus criaturas, las salva de la muerte y las redime del mal) exista o no exista? Todos, le responde el agnóstico, preferiríamos que un Dios así existiera, a que no existiera. En este “deseo de Dios” ¿encontramos la semilla de la fe? ¿Viene ya como una forma de fe?

Le escribe Sotelo a González Faus: “De manera directa y personal me llegas a preguntar si la posibilidad de que Dios existiera me alegra, me entristece o me deja indiferente. La pregunta me parece, por un lado, superflua, porque sólo admite una respuesta afirmativa y, por otro, hartamente cuestionable, puesto que el primer deber es no hacerse falsas ilusiones. Claro que a mí y pienso que a todo el mundo, nos gustaría que el fundamento y fin de todo lo existente fuera un Amor infinito, que sostuviera el mundo en paz, armonía y justicia, en el que hubiéramos vencido el dolor y hasta la muerte.”

El creyente y el agnóstico comparten un mismo deseo. Para el agnóstico se trata de un deseo sin satisfacción posible, mientras que el creyente espera confiadamente que su “deseo” un día se va a cumplir. Piensa, como Santo Tomás, que “si no existiera el agua, no existiría la sed”. Razones tiene al agnóstico para su desconfianza (las veremos en la próxima entrega). Pero hay algo común a ambos –ante lo que reaccionan distinta, hasta opuestamente– y ese algo es un “deseo de Dios. □

TONI COMÍN

Profesor de Ciencias Sociales de ESADE

EDITORIAL TROTTA

Tel. 34-91-543 03 61
E-mail: trotta@infor.net.es
<http://www.trotta.es>

YVES CONGAR

Diario de un teólogo (1946-1956)

SIMONE WEIL

Intuiciones precristianas

ERNESTO CARDENAL

*La revolución perdida
(Memorias 3)*

IAN G. BARBOUR

Religión y ciencia

**LEONARDO BOFF,
ROSE MARIE MURARO**

*Femenino y masculino. Una nueva conciencia
para el encuentro de las diferencias*

MANUEL FRAIJÓ

Dios, el mal y otros ensayos

SYLVIA MARCOS (ed.)

*Religión y género
(Enciclopedia Iberoamericana
de Religiones, vol. 3)*

LUIGI FERRAJOLI

*Contra la guerra. Las razones
jurídicas del pacifismo*

ERNST BLOCH

El principio esperanza I

PAUL RICOEUR

Finitud y culpabilidad

JACQUES DERRIDA

Acabados

RAÚL FORNET- BETANCOURT (ed.)

*Crítica intercultural de la
filosofía latinoamericana actual*

GERSHOM SCHOLEM

Los nombres secretos de Walter Benjamin

REINHART KOSELLECK

historia/Historia

THOMAS REID

*Investigación sobre la mente humana
según los principios del sentido común*

WANG WEI

Poemas del río Wang

AMÉRICO CASTRO

*España en su historia.
Ensayos sobre historia y literatura
(Obra reunida, vol. 3)*